

Era menester ser rematadamente ciego para continuar el viaje hasta Bayona despues de esta carta falaz; pero Fernando lo continuó: salió de Vitoria el 19 de abril, el 20 traspuso la frontera y en la noche del mismo día entró en Bayona, donde supo por el canónigo Escoiquiz que le acompañaba y que lo había oído de boca del propio emperador, que éste había decidido destronar á los Borbones de España é indemnizar á Fernando, si renunciaba inmediatamente, dándole el reino de Etruria y la mano de una princesa francesa. Así lo participó oficialmente á Fernando aquel mismo Savary que le había dicho, para cogerle mejor en la trampa, que Napoleón le reconocería al instante si fuese á verse con él en Bayona. Fernando rechazó la propuesta y pidió, pero en vano, que se le dejara regresar á su país; y como insistiera en la petición, Napoleón le hizo representar papel en una comedia sin igual por lo indigna. Mandó á llamar de Aranjuez á la corte antigua, y en 26 de abril llegó Godoy á Bayona y el 30 Carlos IV con su esposa, los cuales fueron recibidos con todos los honores reales, que habían sido negados de un modo insultante á su hijo. El 1.º de mayo, estando invitados los reyes á la mesa del emperador, preguntó Carlos IV en tono lastimero por su querido Manuel, sin el cual no podía vivir ni siquiera comer, y fué menester llamar á Godoy. Despues de la comida compareció Fernando, al cual su padre pidió que le restituyera la corona; Fernando preguntó entonces á su padre si iba á regresar á España y á empuñar él mismo las riendas del gobierno, á lo cual Carlos IV contestó negativamente, pero insistió en la renuncia de su hijo, con la intención visible de ceder la corona á Napoleón tan luego como Fernando hubiese renunciado á ella. Fernando no contestó, y entonces sus padres se desataron contra él en una lluvia de maldiciones, amenazándole hasta con la horca si continuaba en su obstinación. Fernando calló y se marchó, pero por la noche de aquel día escribió á su padre una carta declarándose en términos dignos pronto á renunciar á la corona, pero ante las Cortes y en presencia de su padre, y añadiendo que si el rey se decidiese á no volver á España, él gobernaria en su nombre el país, reservándose por lo demás su derecho á la corona como inenajenable. De esta declaración no se había apartado Fernando, cuando el 5 de mayo llegaron á Bayona noticias terribles de Madrid. Murat, cumpliendo la orden expresa del rey Carlos IV, había enviado á buscar en 1.º de mayo á la reina de Etruria y al infante don Francisco de Paula, que entonces tenía 14 años, ambos hijos de Carlos IV que habían quedado en Aranjuez, para hacerles pasar á Bayona; pero á este viaje se había opuesto la junta de gobierno nombrada por Fernando, diciendo entonces, y despues de una memorable sesion nocturna que tuvo á consecuencia de la amenaza de Murat de proclamar á Carlos IV y de gobernar en su nombre, que se opondría á la partida de los infantes hasta recibir orden contraria de Fernando VII. Cuando por la mañana del 2 de mayo marcharon no obstante los infantes, amotinóse el pueblo contra los franceses; hubo sangrientísima lucha en las calles y por consecuencia se estableció el inexorable régimen militar francés. Con los despachos en la mano que relataban estos sucesos, Napoleón, lleno de ira, exigió del rey Carlos que hiciera entrar en razón á su hijo rebelde, y á éste dijo el padre: «¡Ahí tienes tu obra! se ha derramado sangre de mis súbditos y sangre de los soldados de mi aliado y amigo, Napoleón el Grande. ¡A qué desolación hubieras expuesto la España si hubiésemos de tratar con otro vencedor menos generoso! Ya ves las consecuencias de lo que tú y tus partidarios habeis

de 1810, toda la correspondencia, suprimí esta última frase en esta carta. Baumgarten, págs. 201-203.

hecho para ceñirte unos pocos días mas pronto una corona que yo mismo habría colocado en tu cabeza. Has soltado al pueblo y ahora nadie es ya capaz de dominarlo. Restituye esta corona, demasiado pesada para tí, y entrégala al único que es capaz de llevarla.» Al decir esto dió el viejo rey mayor fuerza á sus palabras blandiendo amenazadoramente su baston, sin el cual no podía andar. Concluido que hubo tomó la palabra la reina, y enseñando el puño á su hijo, tocándole casi la cara, le lanzó un torrente de imprecaciones, pero en todo esto permaneció Fernando impassible; solo dijo que era inocente de la matanza del 2 de mayo. Para concluir le dijo Napoleón que si al llegar la noche no había abdicado sería tratado como hijo rebelde, y autor ó cómplice de la revolución de Aranjuez del mes de marzo. Despues de esta escena, al retirarse Napoleón exclamó con un profundo suspiro: «¡Qué madre! ¡qué hijo (1)!»

Fernando quedó anonadado. La noche del mismo día, 5 de mayo, anunció al emperador su abdicación, y en seguida redactó Napoleón con Godoy el documento en el cual el rey Carlos IV cedía todos sus derechos al trono de España á Napoleón como único soberano capaz en aquellas circunstancias de restablecer el orden. En cambio se le asignó una pensión de siete millones y medio de francos anuales, con los palacios de Compiègne y de Chambord.

El 10 de mayo cedió también Fernando sus derechos al emperador y recibió una renta de 1.100.000 francos, con la obligación de vivir en el castillo de Navarra, y hasta que éste se hallase preparado para recibirle, se le designó como morada el castillo de Valencey, que el emperador había regalado poco antes á Talleyrand, príncipe de Benevento. Este fué llamado por Napoleón á Valencey en una carta fechada del 9 de mayo, en la cual le decía que debía tomar á su cuidado al príncipe de Asturias, con su tío don Antonio y su hermano don Carlos, añadiendo: «Deseo que estos tres príncipes sean asistidos sin pompa exterior, pero con decoro y solicitud, y que usted haga todo lo posible para distraerlos. Si tiene usted en Valencey un teatro no sería malo que llamase á algunos actores. Podría usted hacer pasar allí á la señora de Talleyrand con cuatro ó cinco otras señoras; y si el príncipe de Asturias cobrara afecto á cualquiera mujer bonita, tampoco sería malo, siempre que estuviésemos seguros de ella. Me interesa muchísimo que el príncipe de Asturias no haga alguna simpleza, por lo cual deseo que se le ocupe y divierta. Una política brutal exigiría que se le llevara á Bitsch ó á un castillo fuerte; pero como se ha arrojado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin orden mia, y como en España todo marcha á medida de mis deseos, he decidido colocarle en una posesión campestre, donde esté rodeado de amigos y guardadores. Esto podrá durar todo el mes de mayo y parte de junio; hasta entonces habrán tomado las cosas de España un giro que me pondrá en estado de adoptar una resolución. Por lo que toca á V., es bastante honroso su encargo: recibir tres personajes tan ilustres y distraerlos es enteramente conforme al carácter de la nación, y de la categoría de usted (2).»

Napoleón había juzgado bien á su víctima, pues el príncipe de Asturias encontró su vida de prisionero deliciósísima; no pensó jamás en huir ni en reunirse con sus fieles súbditos que se dejaban matar por él, y tomó muy gozoso las grandes sumas de dinero que se le enviaban.

Napoleón cedió la corona de España á su hermano José, que vivía muy tranquilo en Nápoles sin pensar ni remota-

(1) Thiers, tomo VIII, págs. 615-616.

(2) Thiers, tomo VIII, págs. 620-621. Esta carta falta en la *Correspondencia de Napoleón I.* Thiers acompaña esta carta con esta observación: «Napoleón hacía con la suavidad de las costumbres del siglo XIX una política digna de las bribonadas del siglo XV.»

mente en cambiar su situación; y ofreció la corona de Nápoles á su cuñado Murat, que se hallaba en Madrid como en su casa, y quedó muy disgustado cuando supo que tan magnífico botín iba á pasar á manos de José. Sin embargo, antes de que éste llegara á pisar el suelo español, estalló en España una insurrección como el mundo no había visto hasta entonces otra igual.

Lo que hasta entonces había conseguido Napoleón como cumplimiento de su tratado de Tilsit, era debido á la parálisis del Austria, á la mutilación é impotencia de Prusia y sobre todo á la confianza ciega que el emperador Alejandro tenía en la parte que había de corresponderle en el nuevo reparto de Europa. Napoleón había dedicado toda su astucia á mantenerle en esta confianza y había puesto en juego para ello con verdadera maestría todas las artes de la seducción y de la fascinación, por mas que en el fondo estaba firmemente resuelto á no concederle lo que con tanto afán deseaba, á saber: la repartición de la Turquía europea.

Napoleón, por el contrario, prestó á Turquía un señalado servicio sin que Rusia pudiese ver en él una violación del tratado de Tilsit. En efecto, en virtud del tratado de 7 de julio Napoleón estaba facultado para servir de mediador entre Rusia y la Puerta, de la misma manera que Rusia se había encargado de serlo entre Francia é Inglaterra. En su consecuencia, Napoleón había enviado desde Tilsit á Bukarest á su general Guillemín para que negociara un armisticio entre los generales rusos y turcos que frente á frente luchaban en los principados danubianos, armisticio que se firmó en Solobvsa en 27 de agosto de 1807 (1) y en virtud del cual, para el caso de que Rusia y la Puerta no firmaran la paz definitiva, debían suspenderse las hostilidades hasta el 21 de marzo de 1808. Los turcos y los rusos debían evacuar los dos principados dentro del plazo de 35 días, retirándose los primeros á la orilla derecha del Danubio y los segundos á su país. Este tratado gustó mucho á la Puerta: el sultán Mustafá escribió al emperador diciéndole que era su mejor aliado y poniendo á su disposición sus ejércitos y sus escuadras, y, lo que era mas importante, se adhirió al bloqueo continental y declaró cerrados todos sus puertos á los productos de Inglaterra.

Nadie hubiera dicho, en vista de esto, que Napoleón tuviera prisa por sacrificar, en gracia de su nuevo aliado de Tilsit, á un aliado antiguo tan adicto y tan útil.

El emperador Alejandro había exigido dos cosas, por medio de su embajador el conde de Tolstoy: primera, la evacuación completa de Prusia, que contra todo derecho seguían ocupando las tropas francesas; y segunda, el comienzo de las negociaciones relativas al reparto de Turquía, del cual cuando menos había de resultar inmediatamente la cesión de los principados de Moldavia y Valaquia. Napoleón, despues de haber evacuado toda la Prusia oriental y una parte de la Pomerania, contestó que seguiría ocupando el Brandeburgo y la Silesia porque todavía no había sido totalmente pagada la indemnización de guerra, y que si permanecía en Prusia mas tiempo del que señalaba el tratado, en cambio los rusos se habían quedado también en los Principados sin motivo alguno, y la Silesia contrapesaba por lo menos la Moldavia y la Valaquia.

Esta contestación disgustó en extremo al emperador Alejandro, el cual no ocultó su descontento cuando se le presentó Caulaincourt como embajador de Napoleón. En Tilsit éste había dicho á Alejandro que si continuaba la guerra y Rusia tomaba en ella parte podrían aumentarse su seguridad en el Báltico y su grandeza en el mar Negro, y le había hablado también, aunque sin concretar sus promesas, de la po-

(1) Lefebvre, tomo IV, págs. 184-186.

sibilidad de un reparto de las provincias del imperio turco. Thiers (1) nos da una idea del mínimo de las promesas que Napoleón había hecho al emperador de Rusia. Alejandro dijo á Caulaincourt que nunca había entendido que la suerte de Silesia hubiese de depender de la de Moldavia y Valaquia; que de la amistad del emperador Napoleón había solicitado y obtenido la restitución de una parte de los Estados prusianos, restitución necesaria, imprescindible para el honor de Rusia; que se habría contentado con esto y hubiera regresado al seno de su imperio si Napoleón, para envolverle en las mallas de su sistema, no hubiese abierto ante sus ojos la posibilidad de engrandecerse así en el Norte como en el Sur de sus imperiales dominios, y no hubiese finalmente hablado de las mismas Moldavia y Valaquia; que una vez empujado en esta senda había hecho cuanto Napoleón había



Fernando VII, rey de España.
Copia de un grabado de Juan F. Bolt (1769-1836)

deseado, declarando la guerra á Inglaterra sin consideración alguna á los intereses del comercio ruso y á Suecia sin tener en cuenta las relaciones de parentesco; y que cuando él, como todos los habitantes del imperio, esperaba el premio de tanta abnegación en su política extranjera, le llegaba de repente de París la exigencia de que renunciara á sus mas fundadas esperanzas. El czar no encontraba palabras bastantes para expresar su dolor y su descontento. Si el emperador Napoleón persistía en conservar la Silesia ofreciendo en cambio á Rusia la Moldavia y la Valaquia, el honor le impondría el deber de negarse á esta combinación, pues no podía pagar las adquisiciones que en el Danubio se le habían prometido saqueando á un infeliz amigo á quien harto había ya sacrificado, mereciendo por ello acerbas censuras. «Estos infelices prusianos — dijo el czar — carecen del pan de cada día. Libradme de sus apremiantes instancias y mis relaciones con Francia se verán libres de todo estorbo. Por lo demás, ¿qué haría Napoleón con la Silesia? ¿La retendría para sí? En este caso sería mi vecino, y los vecinos, me ha dicho él mismo, no han sido nunca buenos amigos. ¿De qué le serviría una provincia tan apartada del imperio? Que se apodere de lo que mejor le parezca de cuanto está cerca de él, lo encuentro natural y lo comprendo: se ha apoderado de la Etruria; quiere hacer lo propio, según se dice, con los Estados roma-

(2) Thiers, tomo VIII, pág. 434.

nos y proyecta no se sabe qué contra España: ¡enhorabuena! que haga en el Sur lo que mas le cuadre, pero que nos deje hacer en el Norte lo que nos convenga y no se acerque demasiado á nuestras fronteras. ¿No quiere la Silesia para sí? ¿pretende dársela á algun otro que sea de mi agrado? Seguramente que no, y si la restituye á Prusia, lo cual seria la solucion mas sencilla, no por esto ha de negarme lo que me tiene prometido. De lo contrario no solo defraudaría mis esperanzas sino que destruiría las de toda la nacion rusa, que diría que la Finlandia no vale la pena de la guerra que por ella habia de hacerse contra Inglaterra y Suecia; que yo me he dejado engañar por el gran hombre con quien conferenció en Tilsit; que á éste no se le puede tratar sin peligro ni en las negociaciones ni en el campo de batalla, y que mejor hubiera sido renunciar á la continuacion de una guerra impolítica y peligrosa, separándose en paz, pero con la indiferencia y sangre fria impuestas por la distancia (1).»

Estas manifestaciones hechas á Napoleon en el momento en que proyectaba el destronamiento de los últimos Borbones de España, causaron en su ánimo una impresion mas profunda de lo que en otras circunstancias hubiera sido. En su consecuencia, se decidió á echar el resto para desenojar al czar, aunque en realidad burlándose de él, pues relacionó una negociacion para el reparto de la Turquía europea con una campaña á la India que se habia de emprender en la primavera de 1808.

Cuando se lee la carta que en 2 de febrero de 1808 envió Napoleon á San Petersburgo, admira la magnitud de las promesas que se atrevia á hacer á su imperial amigo. Decíale en ella entre otras cosas: «V. M. debe alejar á los suecos de las cercanías de su capital y extender cuanto quiera por ese lado los límites de su imperio. Un ejército de 50,000 hombres, rusos, franceses y quizás tambien algunos austriacos, que se dirigiera al Asia por Constantinopla no llegaría al Eufrates sin que Inglaterra se pusiera á temblar y se hincara de rodillas delante del continente. Yo estoy dispuesto

en Dalmacia; V. M. lo está en el Danubio: un mes despues de haber llegado á una inteligencia, el ejército podría estar en el Bósforo. El golpe repercutiría en la India, é Inglaterra quedaria sojuzgada. — Todo puede ser planteado y resuelto antes del 15 de marzo, y en 1.º de mayo nuestras tropas podrían estar en Asia y al propio tiempo las de V. M. en Estocolmo. Los ingleses entonces se verían amenazados en la India, arrojados del Oriente y destruidos por el furor de las tempestades de que está preñada la atmósfera. — Es prudente y político hacer lo que ordena la suerte é ir hacia donde el curso irresistible de los sucesos nos empuja: así ese enjambre de pigmeos que no quieren ver que la paridad con los actuales acontecimientos ha de buscarse en la historia y no en los periódicos del último siglo, tendría que inclinar la cabeza y seguir el impulso que V. M. y yo le imprimiésemos (2).»

A pesar del júbilo con que el czar y su ministro el conde Romanzoff acogieron la «vuelta de Napoleon á las grandes ideas de Tilsit,» desde el momento en que comenzaron las negociaciones para la desmembracion de Turquía estalló una discordia que fué imposible apaciguar. Los rusos exigian á Constantinopla, el Bósforo y los Dardanelos, y Napoleon no podia ni queria consentir en esta exigencia (3). Mientras se seguían las interminables negociaciones sobre este extremo, decidióse el czar á tomar aquello en que Napoleon no le oponía dificultad alguna. Al efecto, envió á Finlandia un ejército de 25,000 hombres, mandados por el general Buxhovden, que fué empujando en continuos y bastante sangrientos combates á los 15,000 suecos del general Klingspor y que empezó á sitiar las plazas fuertes de la costa, entre ellas Sweaborg. Cuando el rey de Suecia, para vengarse de esta violacion de la paz, hizo encarcelar al embajador ruso Alopens, el czar á su vez tomó venganza de este acto disponiendo la anexión de Finlandia á Rusia: esta fué la única ventaja positiva que del «sistema de Tilsit» consiguió Rusia, en cambio de la cual tenia que guardar las espaldas á Napoleon en su criminal empresa de España.

LIBRO TERCERO

REACCION DE LOS PUEBLOS Y DE LAS CORTES

CAPITULO PRIMERO

LOS ALEMANES SE CURAN DE SU IDEALISMO

«¡Alemania, Alemania, mas te asemejas á un pantano que á un mar navegable!» tal es la exclamacion que en la primera elaboracion de su *Götz* pone el jóven Goethe en boca del emperador (4). Y cuando algun estudiante depravado de aquellos tiempos veía hundirse su estrella en el ocaso, quedábale siempre el consuelo de oír decir á Fausto, en la taberna de Auerbach: «¡Dad las gracias á Dios todas las mañanas porque no se vale de vosotros para cuidar del imperio

(1) Thiers, tomo VIII, págs. 434-437.

(2) *Corresp.*, XVI, págs. 498-499.

(3) Thiers, tomo VIII, pág. 444. Véase especialmente el escrito de Romanzoff en la propia obra, tomo VIII, págs. 449-456.

(4) Véase la parte primera.

romano! Yo considero por lo menos como notable ventaja el no ser ni emperador ni canceller.» Reconocer en este reino romano una patria y en este romano imperio una monarquía nacional, que tenia derecho á exigir amor, obediencia voluntaria, entusiasmo y abnegacion, era una exigencia que con indignacion rechazaba la nobleza de los poetas y pensadores alemanes, pues éstos ó eran *federicianos* puros ó tenían el orgullo de no poseer patria alguna, en el sentido en que toman esta palabra los espíritus *terrenales*. La conmovedora confesion hecha en 1790 por el poeta tan conocedor de la moderna Alemania, bajo el título de: *Faust, fragmento, por Goethe*, y publicada en Leipzig (5), demostró á la nacion cuán mal se encontraba aquella nobleza con el cosmopolitismo que la necesidad imponía, cuán débil y enfer-

(5) *Faust de Goethe, un fragmento*, recientemente publicado en su forma primitiva por W. B. Holland. Freiburg y Tubingen, 1882.

ma se sentía en su arrogancia y cuán pobre era en medio de todas sus riquezas. El corazon de un pueblo habla por boca de sus poetas, su conciencia por la de sus pensadores: este *Fausto* era obra de un espíritu tan poeta como pensador y á quien un dios le habia permitido exponer los padecimientos del alma de su pueblo, que parecia tener sobre sí una maldicion en virtud de la cual tenia ciencia, pero no po-

der, conocía el otro mundo, pero no éste, é ignoraba cuáles eran sus verdaderas necesidades.

El fragmento del *Fausto*, de Goethe, reproduce la república de los sabios alemanes en la víspera de la guerra de la Revolucion y de la soberanía extranjera, pintándola otra en su interior inmediatamente antes de que la barca de su existencia externa se estrellara contra los escollos. Una cien-



Talleyrand, príncipe de Benevento

Del grabado de Augusto Gaspar Luis Boucher Desnoyers (1779-1857); cuadro original de Francisco Pascal Gerard (1770-1837.)

cia de humanidades corporativa que no cree en sí misma, que se ha extraviado en sus ideales, que nada puede ofrecer ya al entusiasmo de la juventud, y que es incapaz de evitar su degeneracion en rudeza y en inmundicia; tal es el cuadro que Goethe, como estudiante, grabó en su inteligencia en Leipzig y despues reprodujo con verdad conmovedora en su *Fausto*. Goethe encontró en el Fausto de la leyenda, de los libros populares y de los polichinelas, un sabio hechicero y maestro de brujas, aliado con el diablo, y supo ennoblecer este modelo poco puro con un texto inmortal, en el cual ocultó como en una arca para la posteridad la suma de to-

das las tareas poéticas y filosóficas de su vida. El estado del alma nacido de la pérdida de la confianza en la ciencia no lo encontró Goethe ni en la leyenda del Fausto ni en otro colaborador alguno: únicamente podia exponerlo y apreciarlo el que á sí mismo se sobreviviera, como sucede en el poema, y solo á un genio como el suyo le era dado realizar esta obra. ¡Desesperar de la ciencia! ¡Cuán pocos saben lo que esto significa! Pero los que lo saben comprenden todo lo que en la obra de Goethe hace Fausto, oprimido y dolorido por aquella desesperacion. Su primer monólogo descubre el fondo del alma de un hombre que ha estudiado uno tras